

Aurora Cáceres

LA ROSA MUERTA

*Edición
Thomas Ward*

STOCKCERO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	VII
<i>Entre industrialismo y catolicismo: vida de Aurora Cáceres</i>	vii
<i>El modernismo y la mujer</i>	xiii
<i>Cáceres y el modernismo</i>	xvi
<i>El ambiente lúgubre de la novela</i>	xvii
<i>La cuestión de género</i>	xxi
<i>Sobre esta edición</i>	xxiv
BIBLIOGRAFÍA	XXV
<i>Obras de Aurora Cáceres:</i>	xxv
<i>Obras de consulta:</i>	xxvi
PRÓLOGO DE AMADO NERVO	XXXI
LA ROSA MUERTA	
I	I
II	3
III.....	9
IV.....	17
V	21
VI.....	27
VII.....	31
VIII	35
IX.....	41
X	45
XI.....	47
XII	51
XIII	55

XIV	57
XV	61
XVI	63
XVII	65
XVIII.....	69
“AURORA CÁCERES” DE RUBÉN DARÍO.....	71
COMENTARIO BREVE DE MIGUEL DE UNAMUNO	75

INTRODUCCIÓN¹

ENTRE INDUSTRIALISMO Y CATOLICISMO: VIDA DE AURORA CÁCERES

Zoila Aurora Cáceres (1877-1958), polígrafa que cultivó una variedad de géneros literarios, fue autora de una extraordinaria novela, *La rosa muerta* (1914). Nació en Lima, hija del presidente Andrés Avelino Cáceres², y probablemente acompañó a su padre a Europa cuando éste fue nombrado ministro plenipotenciario del Perú ante los gobiernos de Francia e Inglaterra³. Luego, debido al exilio provocado por el golpe de Nicolás de Piérola en 1895, residió primero en la Argentina y luego en Europa, donde estudió alemán en un convento de Berlín y cursó estudios en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona en París. De clase acomodada, hija de un mandatario nacional, acos-

-
- 1 Esta edición crítica de *La rosa muerta* quiere contribuir al reconocimiento de la olvidada literatura femenina hispanoamericana. Para ella han sido muy importantes las valiosas sugerencias de Mary Berg, Gloria da Cunha, Jesús Díaz-Caballero, y Ursula Sayers-Ward. Asimismo agradezco a Marla Rolleri, Pat Cunningham, y Hannah O'Neil, estudiantes de Loyola College, quienes ayudaron con el escaneo de la novela y la búsqueda de la bibliografía complementaria.
 - 2 Mientras algunos dicen que su padre era mestizo, otros atenúan este aspecto étnico. En el primer caso, por ejemplo, Emilio Luna Vegas afirma “que llevaba en su sangre la herencia de sus antepasados: un capitán vasco y una princesa india, Catalina Huanca”, *Cáceres: Un peruano ejemplar*, Lima: Ocura Editores, 1987, pág. 3; y en el segundo una biografía anónima publicada en *El Comercio* en 1886 había afirmado que era “perteneciente a lo que se considera entre nosotros, por lo multiplicado y selecto de sus mezclas, raza europea casi pura”, en *Memorias del General Cáceres*, tres vols., Lima: Editorial Milla Batres, 1986, vol. II, pág. 189.
 - 3 Inés L. Cárdenas Sánchez, *Andrés A. Cáceres: biografía y campañas*, Lima: Editora y Distribuidora “Lima”, 1979, pág. 76.

tumbrada a tener criadas y recibir fondos de su madre⁴, Aurora Cáceres desarrolló un refinado gusto cosmopolita. Casada durante décadas con el conocidísimo novelista y diplomático guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, se la conoce también como una belleza que hechizaba a los hombres, incluyendo a Rubén Darío.

Sin embargo, su carácter, según ella misma reconoce en su autobiografía, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, era el de una persona huraña, que no gustaba de “las continuas fiestas y paseos”, prefiriendo la soledad para leer y escribir⁵. Tan solitaria era que le agradaba tener en su dormitorio dos camas sencillas, a la manera de los hoteles alemanes, en vez de una cama conyugal⁶. Su matrimonio era tal que durante un altercado los dos esposos reaccionan de la siguiente manera: “él con cortés distanciamiento y yo con frialdad marcada y fingida”⁷. En su caso, la soledad la condujo al espiritualismo, tendencia que ella misma se atribuye y que es confirmada por otros⁸. Esta cualidad espiritual le haría defender fervorosamente el catolicismo, la Iglesia y las ermitas sagradas. Posteriormente, en un momento emotivo en el Perú, dirigiendo la Unión Católica de Señoras de Lima, se presentó ante el Congreso Nacional para expresar su oposición a una legislación que favorecía la libertad de cultos en el Perú.

Muy diferente de González Prada (“Instrucción católica”) o Matto de Turner (*Índole*) quienes vieron a la Iglesia y sus representantes con escepticismo, Aurora Cáceres no cuestionó los dogmas y ritos sagrados —pese al desapego a ellos mostrado en *La rosa muerta*, la novela que aquí presentamos por primera vez después de casi un siglo. Varias veces en su autobiografía refiere cómo le gustaba ir a misa, y la congoja que le producía no llegar a comulgar. Durante una visita de ella y su marido al santuario de Lourdes en Francia, ella se esforzaba para convencerle de no tratar sumariamente el tema de los milagros, es decir, faltándole respeto⁹. Sobre el mismo episodio ella se distingue de su esposo, “él an-

4 [Zoila] Aurora Cáceres (Evangelina), *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Madrid: Renacimiento, 1929, págs. 104, 145, 148. Su biografía, a pesar de ser un reajuste de cuentas contra su esposo, es una rica fuente de información sobre su triste vida. Aun si exagera en un aspecto u otro (y no detectamos que lo hace), revela en ella su actitud hacia los hombres que tiene mucho que ver con la actitud feminista de la materia novelesca que aquí presentamos. Hace falta estudiar la obra de su esposo Enrique Gómez Carrillo para comparar sus respectivas referencias y lograr una especie de visión de conjunto.

5 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, págs. 81, 96.

6 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, pág. 93.

7 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, pág. 96.

8 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, pág. 125; Eduardo Herrera, “Una visita a Evangelina”, en *La ciudad del sol* de Aurora Cáceres, Lima: Librería Francesa Científica/Casa Editorial E. Rosay, 1927, pág. 186.

9 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, pág., 113.

tirreligioso y yo con suma piedad”¹⁰. Visto de otra manera: “Él es creyente y también le gusta que yo lo sea; pero no tiene simpatía por la Iglesia y nada le importa hacerme perder la misa”¹¹. En otras palabras, él podía ser espiritual aunque anticlerical, ella, espiritual y apegada al culto exterior. En cuanto a su religiosidad concluye que perder la misa es su “mayor pecado” cuyo único remedio es la confesión¹². Uno de los elementos de la religiosidad es el elemento formal, los ritos. Una vez al entrar en una iglesia en el País Vasco, pese a no entender el sermón en vascuence o eusquera se sentía aliviada “por haber cumplido con el precepto religioso que obliga a oír misa los días de fiesta de guardar”¹³. De modo parecido, fracasado su matrimonio con Enrique Gómez Carillo, decidió que no le convenía la “nulidad civil”, es decir un divorcio bajo el Estado secular de Francia, ya que se veía compelida a respetar los “deberes de la Iglesia”¹⁴. Se espera ahora un estudio crítico que compare la divergencia entre la religiosidad de *Mi vida* y la irreligiosidad de *La rosa*.

Sería absurdo comentar su actitud ante el poder espiritual sin evaluar su actitud ante el poder temporal. Ella redactó un elogio al dictador guatemalteco Estrada Cabrera publicado junto a otro que hizo su marido Gómez Carillo con el fin de apoyar a este dictador¹⁵. Ambos escritores coincidían sorprendentemente en sus apreciaciones políticas. De sus afirmaciones, se verifica que las visiones políticas de Cáceres y su marido Gómez Carrillo se alejaron de Miguel Ángel Asturias, compatriota de éste, cuando Asturias hizo de este “mandatario” la figura principal de su novela antidictatorial, *El señor presidente*, en la cual pone en tela de juicio el terror del abuso del poder político, que la misma Aurora Cáceres debió haber conocido de cerca cuando su padre, el presidente Andrés Avelino Cáceres, fuera derrocado por Piérola. Pero el amor explica todo y su marido era un *dandy* guatemalteco vinculado con las familias de rancio abolengo español (o ladino)¹⁶. Cuando se trata

10 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 131.

11 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 113.

12 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 115.

13 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 117.

14 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 251.

15 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 87.

16 Hay cierta ironía en esta vida criollo-europea de Cáceres puesto que su padre el mariscal se hizo famoso comandando a tropas quechuaparlantes durante la Guerra del Pacífico (1879-1883). Recientemente esta ironía de la familia Cáceres llegó a otros extremos con la creación del movimiento etnocacerista de los hermanos Óllanta y Antauro Humala, el primero de los cuales casi llegó a ser presidente de la república peruana el 4 de junio de 2006. En Guatemala, la palabra “ladino” viene a asemejar el significado de “criollo”, es decir descendiente de españoles y frecuentemente sus descendientes híbridos,

de un aprecio más general, más fiel a la realidad, la autora informa al lector que los presidentes latinoamericanos “se creen grandes personalidades cuando no son sino unos infelices, mandones arbitrarios que desconocen todo principio de justicia, de libertad y algunas veces hasta la honorabilidad”¹⁷.

Como el lector se dará cuenta al penetrar en la temática y el ambiente de *La rosa muerta*, la cultura de Cáceres es frecuentemente europea, pese a otros textos suyos, de temática muy andina, incluyendo *La ciudad del sol* y *Las perlas de rosa*. A nuestra autora, para ofrecer un ejemplo, le gustaba la filosofía de Miguel de Unamuno, y asistió a un congreso sobre su filosofía en 1927¹⁸. Pero no se debe ver una contradicción entre su europeísmo y su andinismo. De hecho, ella tenía un interés fundamental en elaborar puentes culturales de un lado del Atlántico al otro. Su plan era crear una sociedad a la cual puso el nombre de “Unión Literaria” con sedes en Buenos Aires, Madrid y París¹⁹. Su razón de ser, muy a lo Riva-Agüero²⁰, era, en sus propias palabras, “mantener vivo el espíritu de raza y la unión que debe existir entre España y sus antiguas colonias”²¹. Pero hay cierta confusión aquí entre el hispanismo (lazos transatlánticos entre España e Hispanoamérica) y el latinismo (lazos transatlánticos entre la Europa latina, especialmente Francia, e Hispanoamérica). Si bien es cierto que Cáceres trata de reclutar a Miguel de Unamuno para la “Unión Literaria”, también le informa al escritor español que ya estaban integrados los franceses Auguste Rodin y Edmund Rostand²².

los mestizos. Se crea así la oposición ladino-quiché, por ejemplo, o ladino-indígena. Este uso es diferente pero acaso relacionado con el de la España renacentista cuando se expulsaron a los judíos e islámicos que no se convirtieron al catolicismo. Algunos judíos hispanoparlantes que escaparon a Turquía, por ejemplo, se llamaron “ladinos”.

17 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 163.

18 Carta de Aurora Cáceres a Miguel de Unamuno, Roma, 8 de abril de 1929; en Wilfredo Kapsoli, ed. *Unamuno y el Perú*, Lima/Salamanca: Universidad Ricardo Palma/Universidad de Salamanca, 2002, pág. 27.

19 Carta de Aurora Cáceres a Miguel de Unamuno, Roma, 8 de abril de 1929; en Kapsoli, ed. *Unamuno y el Perú*, págs. 30-31. Su interés por una asociación o club no fue aislado. También fundó una asociación “Feminismo Peruano” y un “Centro Social de Señoras”. Además visitaba muchas sedes para brindar charlas, en “Teatro Fémina”, el “Centro de Estudiantes Universitarias”, el “Centro Deportivo ‘González Prada’, No. 1”, el “Ateneo de Madrid” y otros.

20 Véase “La literatura ‘española’: una teoría conflictiva de Riva-Agüero”, en Ward, *La teoría literaria: romanticismo, krausismo y modernismo ante la ‘globalización’ industrial*, University, MS: University of Mississippi, “Romance Monographs”, N° 61, 2004, págs. 127-138.

21 Carta de Aurora Cáceres a Miguel de Unamuno, París, 2 de junio de 1928; en Kapsoli, ed. *Unamuno y el Perú*, pág. 29.

22 Carta de Aurora Cáceres a Miguel de Unamuno, Roma, 8 de abril de 1929; en Kapsoli, ed. *Unamuno y el Perú*, pág. 31.

La clave para desenredar el intento y significado verdaderos de esta sociedad se extrae de su nombre, la “Unión Literaria” que mezcla los dos principales órganos de González Prada, el Círculo Literario y la Unión Radical (cambiado a Unión Nacional por sus discípulos políticos menos atrevidos). Sacando “Unión” del partido político y “literario” de la asociación letrada, Cáceres combina ambos aspectos a lo González Prada. En las palabras de González Prada, “El *Círculo Literario*, la pacífica sociedad de poetas y soñadores, tiende a convertirse en centro militante y propagandista”²³. Se confirma su cosmopolitismo cuando él proclama que “nuestro guía debe estar, pues, en el estudio de los grandes escritores extranjeros”²⁴. González Prada propuso la europeización de las letras, y Cáceres la vivió.

La Unión Literaria de Cáceres también tuvo fines literarios y políticos. Supuso reunir a grandes intelectuales como al filósofo Unamuno, al pintor Rodin y al dramaturgo Rostand para iluminar el sendero universalista que se debía tomar. Al mismo tiempo se preocupaba por “las condiciones económicas” de las Repúblicas de América, buscando cómo “los capitales europeos vayan a contribuir al mayor progreso y al desarrollo de la riqueza nacional [hispanoamericana]”²⁵. Se destaca de esta forma que Cáceres concebía una globalización industrial que reorganizaba el mundo durante su vida. Ella muy bien estaba consciente de lo industrial en la vida cotidiana de las personas: “la luz artificial... todo lo transforma, halagando la imaginación”, nos informa²⁶. Lo industrial, entonces, sirvió de metáfora para la escritura modernista.

Lo tecnológico fue de interés especial en aquel momento. En *El voto*, una novela histórica de 1923 ambientada en la época de Simón Bolívar en Cajamarca y publicada nueve años después de *La rosa muerta*, se habla del principio del siglo XIX como momento de grandes carencias. Su autora Amalia Puga de Losada, escribiendo en plena etapa industrial sobre la anterior, atribuye a ésta “las penalidades que

23 Manuel González Prada, “Discurso en el Teatro Olimpo”, *Páginas libres y Horas de lucha*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976, pág. 26.

24 González Prada, “Discurso en el Teatro Olimpo”, pág. 28. Es difícil saber exactamente lo que Cáceres pensaba del pensador anarquista. Inés L. Cárdenas Sánchez sugiere dos actitudes contradictorias cuando supone a González Prada refiriéndose directamente a su padre, el mariscal Andrés Avelino Cáceres al pronunciar su célebre frase, “los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra” (el mariscal tenía 52 años en aquel momento) mientras que, por otro lado, a la inversa, tenerlo escribiendo “en la vida de Cáceres brilla una época gloriosa cuando luchaba con Chile y se había convertido en el GRAU de tierra”, Cárdenas Sánchez, *Andrés A. Cáceres: biografía y campañas*, 1979, págs. 72-73, y 82.

25 Carta de Aurora Cáceres a Miguel de Unamuno, París, 2 de junio de 1928; en Kapsoli, ed. *Unamuno y el Perú*, pág. 29.

26 Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carillo*, pág. 154. Sobre la globalización industrial ver Ward, *La teoría literaria: romanticismo, krausismo y modernismo*, págs. 1-7.

hacían odiosos y temibles los viajes, cuando no había ferrocarriles, ni vapores, ni vehículos de ninguna índole”²⁷. Estos logros mecánicos posteriores hacían la vida mucho más cómoda, digna de elogiar. Pero no estamos hablando exclusivamente aquí del confort material. Aquellos éxitos tecnológicos igualmente simbolizan un globo en vías de empequeñecimiento. Puga de Losada dilucida las inconveniencias de las sociedades preindustriales, cuyas circunstancias iban “aislándolas del mundo exterior”. Mientras Puga aún sentía cierta nostalgia por aquella sociedad preindustrial y hermética, que obligaba a la gente “a buscar las distracciones honestas”²⁸, Cáceres abraza la posterior en que, según se notará en el relato aquí presentado, los personajes se comunican no tanto por carta sino por pneumáticos, sistema muy en boga durante el período finisecular. El correo pneumático, el precursor industrial a nuestro correo electrónico, se escribía en una hoja de papel a modo de correo tradicional, pero en vez de echarla en un buzón se metía en una cápsula o cilindro que se depositaba en una red de tubos subterráneos que conectaban los barrios de las diversas ciudades principales de Europa. La presión aerífera impulsaba la cápsula a su destino. No olvidemos que Cáceres vivía en Berlín, París y Roma y le fue muy familiar este sistema, el cual lo integró en su novela. Esta tecnología cayó en desuso en Nueva York en 1953 pero sobrevivió hasta 1983 en París cuando fue remplazado por el télex y el fax²⁹. El auge de las tecnologías digitales de la comunicación representa el triunfo definitivo de la edad informática sobre la mecánica codificada en *La rosa muerta* de Cáceres.

Cáceres no sólo es importante por haber escrito *La rosa muerta* ni por difundir en ella la tecnología. También estableció una trayectoria larga de actividad social y literaria. A la edad de 19 años, comenzaba a publicar en *Búcaro Americano*, revista de Buenos Aires, donde se encontraba exiliada. A intervalos regulares y durante trece años —subraya Mary Berg— Clorinda Matto de Turner, su directora, publicó *Búcaro Americano* disseminando las voces de importantes escritores modernistas como Darío y Lugones³⁰. Es en *Búcaro Americano* donde Aurora

27 Amalia Puga de Losada, *El voto* (Lima: La novela peruana, año I, N° 7, 17 de abril de 1923), pág. 34. Puga de Losada fue la discípula más joven de Juana Manuela Gorriti así que su obra representa el último hito en un largo ciclo.

28 Puga de Losada, *El voto*, págs. 34–35.

29 *Neumatic Mail*, National Postal Museum, Washington: Smithsonian Institute, 2006.

30 Dos buenos lugares para comenzar apreciar la actividad de Clorinda Matto de Turner en la Argentina son Mary Berg, “Writing for her Life: The Essays of Clorinda Matto de Turner”, *Reinterpreting the Spanish American Essay: Women Writers of the 19th and 20th Centuries*, ed. Doris Meyer Austin: University of Texas Press, 1995, págs. 84–85, y sobre los ensayos que escribió allí Gloria Hintze de Molinari, “Clorinda Matto de Turner y la palabra como

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE AURORA CÁCERES:

- [Cáceres, Zoila Aurora] Angelina, Eva. “La emancipación de la mujer”. *El Búcaro Americano* 1.6/1.7 (15 de mayo; 1 de junio de 1896): 117-118, 127-30.
- Cáceres, Zoila Aurora. *Mujeres de ayer y de hoy*. París: Garnier Hermanos, 1910.
- _____. *Oasis de arte*. Prólogo de Rubén Darío. París: Garnier Hermanos, ¿1910? ¿1911?
- Cáceres, Aurora. *La rosa muerta/Las perlas de Rosa*. Prólogo de Amado Nervo. París: Garnier Hermanos, 1914.
- Cáceres, Zoila Aurora & Andrés Avelino Cáceres. *La campaña de la Breña, memorias del mariscal del Perú, D. Andrés A. Cáceres*. Lima, Imp. Americana, 1921.
- Cáceres, Z. Aurora (Evangelina). *La ciudad del sol*. Prólogo de Enrique Gómez Carrillo. Lima: Librería Francesa Científica/Casa Editorial F. Rosay, 1927.
- Cáceres, [Zoila] Aurora (Evangelina). *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*. Madrid: Renacimiento, 1929.
- Cáceres, Zoila Aurora. *La princesa Suma Tica (narraciones peruanas)*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1929.
- _____. *Labor de armonía interamericana en los Estados Unidos de Norte América, 1940-1945*. Washington, 1946.
- _____. Epistolario relativo a Miguel de Unamuno. En *Unamuno y el Perú*. Ed. Wilfredo Kapsoli. Lima/Salamanca: Universidad Ricardo Palma/ Universidad de Salamanca, 2002: 27-31.

OBRAS DE CONSULTA:

- Arriola Grande, Maurilio. *Diccionario literario del Perú: Nomenclatura por autores*. Dos tomos. Lima: Editora Universo, 1983.
- Berg, Mary G. "Rereading Fiction by 19th-Century Latin American Women Writers: Interpretation and Translation of the Past into the Present". *Translation Perspectives* 6 (1991): 127–133.
- _____. "Escritoras hispanoamericanas del XIX y su importancia hoy". En *Actas del X Congreso de la Asociación de Hispanistas*. 4 Vols. Ed. Antonio Vilanova. Barcelona: Promociones y Pubs. Universitarias; 1992: III, 449–456.
- _____. "Writing for her Life: The Essays of Clorinda Matto de Turner". En *Reinterpreting the Spanish American Essay: Women Writers of the 19th and 20th Centuries*. Ed. Doris Meyer. Austin: University of Texas Press, 1995.
- Brotherston, Gordon, ed. *Spanish American Modernista Poets*. Second Edition. Londres: Bristol Classical Press, 1995.
- Bruhns, Karen Olsen & Karen E. Stothert. *Women in Ancient America*. Norman: University of Oklahoma Press, 1999.
- Bruña Bragado, María José. *Delmira Agustini: dandismo, género y reescritura del imaginario modernista*. Bern/New York: Lang, 2005.
- Cárdenas Sánchez, Inés L. *Andrés A. Cáceres: Biografía y campañas*. Lima: Editora y Distribuidora "Lima", 1979.
- Cardwell, Richard A. "Deconstructing the binaries of *enfrentismo*: José-María Llanas Aguilaneido's *Navegar pintoresco* and the finisecular novel". En *Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, modernism, post-colonialism*. Eds. Joseph Harrison & Alan Hoyle. Manchester/New York: Manchester University Press, 2000: 156–169.
- Denegri, Francisca. *El Abanico y la Cigarrera, La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Lima: Centro Flora Tristán/Instituto de Estudios Peruanos, 1996.
- Dulanto Pinillos, Jorge. *El Proceso Piérola*. Lima, 1954.
- Escaja, Tina. *Salomé Decapitada: Delmira Agustini y la estética finisecular de la fragmentación*. Amsterdam/New York: Rodopi, 2001.

- _____. "Poética de la resistencia en Adela Zamudio". *Bulletin of Hispanic Studies* 80.2 (Abril 2003): 233-246.
- Fletcher, Lea. "Patriarchy, Medicine, and Women Writers in Nineteenth-Century Argentina". *The Body and the Text: Comparative Essays in Literature and Medicine*. Eds. Bruce Clarke and Wendell Aycock. Lubbock: Texas Tech University Press, 1990: 91-101.
- Frederick, Bonnie. "Harriet Beecher Stowe and the Virtuous Mother: Argentina, 1852-1910". *Journal of Women's History* 18.1 (2006): 101-120.
- Glickman, Robert Jay. *Vestales del Templo azul: notas sobre el feminismo hispanoamericano en la época modernista*. Toronto: Canadian Academy of the Arts, 1996.
- González Prada, Manuel. "Discurso en el Teatro Olimpo". *Páginas libres y Horas de lucha*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976: 25-33.
- _____. "Instrucción católica". *Páginas libres y Horas de lucha*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976: 71-89.
- Gorriti, Juana Manuela. *Peregrinaciones de una alma triste*. Ed. Mary G. Berg. Buenos Aires: Stockcero, 2006.
- Herrera, Eduardo. "Una visita a Evangelina". En *La ciudad del sol* de Aurora Cáceres. Lima: Librería Francesa Científica/Casa Editorial E. Rosay, 1927: 185-193.
- Hintze de Molinari, Gloria. "Clorinda Matto de Turner y la palabra como construcción del sujeto". *Actas de JALLA99CUSCO, Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana*. 2 tomos. Lima: Fondo Editorial Cronolibros, 2001: II, 12-15.
- Kapsoli, Wilfredo, ed. *Unamuno y el Perú*. Lima/Salamanca: Universidad Ricardo Palma/ Universidad de Salamanca, 2002.
- Kristal, Efraín. "Clorinda Matto de Turner". *Latin American Writers*. Eds. Carlos A. Solé y María Isabel Abreu. 3 vols. New York: Charles Scribner's Sons, 1989: I, 306-309.
- Le-Corre, Hervé. "María Cay: Mujer y japonismo en la obra de Julián del Casal". *Mujer, cultura y sociedad en América Latina*. Vol. 2. Ed. Sandro Chiri Jaime Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2000: 93-109.

- Luna Vegas, Emilio. *Cáceres: Un peruano ejemplar*. Lima: Ocura Editores, 1987.
- Matto de Turner, Clorinda. *Boreales, miniaturas y porcelanas*. Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1902.
- _____. *Índole (Novela Peruana)*. Ed. Mary G. Berg. Buenos Aires: Stockcero, 2006.
- Minardi, Giovanna. "La narrativa femenina en el Perú del siglo XX". *Alba de América* 37/38 (2001): 177–196.
- National Postal Museum. *Neumatic Mail*. Washington: Smithsonian Institute. http://www.postalmuseum.si.edu/museum/j1/Id_Pneumatic_Mail.html. Consulted Saturday April 29, 2006).
- Pérez, Alberto Julián. *La poética de Rubén Darío: crisis post-romántica y modelos literarios modernistas*. Madrid: Orígenes, 1992.
- Pillsbury, Joanne. "Introduction". *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*. Washington/New Haven: National Gallery of Art/Yale University Press, 2001.
- Puga de Losada, Amalia. *El voto*. Lima: *La novela peruana*, año I, N° 7, 17 de abril de 1923. La novela lo constituye el tomo entero.
- Rojas–Trempe, Lady. "Escritoras peruanas al alba del próximo milenio". En *Perú en su cultura*. Eds. Daniel Castillo Durante y Borka Sattler. Lima/Ottawa: PromPerú/University of Ottawa; 2002: 175–181.
- Sabido, Vicente & Angel Esteban, eds. *Antología del modernismo literario hispánico*. Granada: Editorial Comares, 2001.
- Schulman, Iván A. & Evelyn Picon Garfield. *Poesía modernista hispanoamericana y española*. Segunda edición. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1999.
- Tauzin-Castellanos, Isabelle. "La narrativa femenina en el Perú antes de la Guerra del Pacífico". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 42 (2do semestre de 1995): 161–187.
- _____. "El positivismo peruano en versión femenina: Mercedes Cabello de Carbonera y Margarita Práxedes Muñoz". *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 27 (1996): 79-100,

- Teitler, Nathalie. "Redefining the Female Body: Alfonsina Storni and the Modernista Tradition". *Bulletin of Spanish Studies and Researches on Spain, Portugal, and Latin America* 79.2-3 (Mar-May 2002): 171-92.
- Tenorio-Gavin, Lucero. "El ensayo latinoamericano de escritoras: Asuntos de genero literario, identidad femenina y concientizacion por la escritura". Dissertation: Purdue University, 2001.
- Varios autores. *Memorias del General Cáceres*. 3 vols. Lima: Editorial Milla Batres, 1986.
- Ward, Thomas. "El pensamiento religioso de Rubén Darío: Un estudio de *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*". *Revista Iberoamericana* 55 (enero-junio 1989): 363-375.
- _____. "La *Sonata de otoño*: un hito en el desarrollo hacia el nihilismo activo". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 39.2 (1991): 1051-1065.
- _____. "Los posibles caminos de Nietzsche en el modernismo". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 50.2 (2002): 489-515.
- _____. "Perú y Ecuador". En *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*. Ed. Gloria Da Cunha. Buenos Aires: Corregidor, 2004: 271-305.
- _____. *La teoría literaria: romanticismo, krausismo y modernismo ante la 'globalización' industrial*. University, MS: University of Mississippi, "Romance Monographs", N° 61, 2004.

I

Laura subió lentamente las escaleras que conducían al primer piso de una hermosa casa de París¹. Su blanco rostro, de tonalidad marmórea, tenía una azulada palidez lapidaria que realzaba grandes círculos violáceos, obscureciendo sus ojos rasgados y pardos. La mirada brillante y dominadora parecía amortiguada por la expresión de una tristeza inmensa. Los labios carnosos y enrojecidos por el carmín, sonreían tímidamente, la sonrisa del disimulo, que aparenta el amedrentado; diríase que estaban prontos a transformarse en mueca dolorosa...

La escalera no era empinada; ni los escalones altos; amplios pedanaos cubiertos por mullida alfombra ofrecían cómoda ascensión al visitante. Laura subía lentamente esforzándose en vano por ocultar fatiga que la oprimía el pecho; parecíale que le arrancaban el corazón. Le palpitaba con tal violencia, que por un instante detuvo el paso, para poder respirar libremente; luego continuó despacito, escuchando el roce de la seda amorosa de su vestido que crujía sin estrépito adherida a su cuerpo.

De pronto, inquieta cual si le causara sorpresa, detúvose en el primer piso, fijó la mirada en la puerta por la cual debía pasar, y la expectativa de que dentro de pocos instantes se definiría allí su suerte, paralizola de terror.

¹ París pudo considerarse la capital modernista, visitada y elogiada por figuras de la estirpe de González Prada, Darío, Nervo y Cáceres.

Ésta era su última excursión dolorosa; no quería sufrir nuevas vergüenzas ni desengaños; allí, en ese aposento atormentado, recinto de alegrías y de dolores, de ciencia y de arte, de vida y de muerte debería resolverse su destino cuando esa puerta le hablase, rompiendo el silencio que ocultaba como un misterio humano, algo del amor, del dolor y del vicio; cuando la hubiese permitido entrar en la morada que había designado como postrer refugio a su congoja.

Necesitó recurrir al resto de energía que aún la sostenía, después de haber pasado muchas horas de tristeza indecible, para decidirse a oprimir el timbre que brillaba, impertinentemente, sobre la oscura madera. Diríase un botón de oro.

Un correcto criado, joven, de cabello rizado y fisonomía simpática, la condujo, atentamente, a una salita de espera, que sin apariencia lujosa, denotaba, no obstante, el bienestar del que allí habitaba. Se veían aterciopeladas alfombras de Oriente, grandes poltronas de estilo Luis XVI², canapés y sillas con tapices de Aubusson³, cortinas de estofas, cuyos colores aparecían amortiguados por el tiempo y algunas porcelanas japonesas⁴ guarneciendo un bargueño moderno. Ningún detalle revelaba un gusto personal, ni el más insignificante objeto podía denunciar la labor de una mujer.

2 Luis XVI (1754–1793), rey de Francia, subió al trono en 1774 y fue ejecutado durante la Revolución francesa (1793). Su esposa fue María Antonieta. Una de las razones por las cuales perdió su popularidad fue sus múltiples relaciones con el extranjero.

3 *Aubusson*: Una ciudad en Francia famosa por las excelentes tapices que produce.

4 A partir del momento en que Julián del Casal popularizó el tema japonés en la poesía modernista, fue un aspecto característico. Véase Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, pág. 170. Aurora Cáceres también tuvo contacto muy personal con lo japonés ya que su esposo Enrique Gómez Carrillo redactó varios textos sobre Japón. El libro cuya materia tanto cautivó al marido que en la biografía que elaboró Cáceres merece un capítulo, “Japoneñas que absorben”, Aurora Cáceres (Evangelina), *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Madrid/Buenos Aires: Renacimiento, 1929, págs. 121–127.

II

Laura, con voz temblorosa preguntó al criado: —¿Puedo ver al doctor? —a lo que aquél respondió: —La señora se molestará en esperar un momento. El doctor ha salido, pero no tardará en volver. A las dos principia la hora de su consulta y sólo faltan algunos minutos. —Dicho esto, desapareció, cerrando rápidamente una elevada puerta blanca con filetes y estucos dorados⁵.

Laura consultó su reloj: aún le quedaba un cuarto de hora de espera. Miróse en el espejo de la chimenea, que tenía al frente, buscando su imagen entre los pequeños espacios que dejaban descubierto un colosal péndulo, y las gruesas lámparas de china que servían a manera de floreros.

Sus facciones de clásica belleza, quedaban mal ocultas bajo el velo negro que ajustaba su sombrero. La brillantez de los ojos, lejos de apagarse, fulminaba, produciendo un encanto desconocido. Ocultaba su cuerpo con un amplio abrigo de nutria que la cubría hasta los pies, y en un enorme manguito de la misma piel, escondió las manos de *musmé*.⁶ Recostada, cómodamente, en un sillón, dándole reposo al cuerpo, ansiaba el del alma.

En vano trataba de contener su inquietud.

Veía reproducirse su pasado con la fuerza del instante presente.

5 Con esta novela Cáceres se insertó en una tradición que podría denominarse “el discurso de la enfermedad”. Incluye a escritores tan diversos como Sarmiento, González Prada, Ingenieros y Alcides Arguedas. Pese a la boga intelectual de este tema, la misma autora tenía mucha experiencia vital con las enfermedades, circunstancia comentada en nuestra introducción.

6 *Musmé*: (Jap.) también *Musume*, mujer joven, doncella.

Recordaba su peregrinación⁷, de dolor, por las clínicas de Berlín. Fue aquélla la romería del sacrificio, del holocausto. Y aún se estremecía de espanto ante la visión del primer día, no lejano, en que un facultativo la dijo: —Cúidese usted, puede ser grave lo que usted tiene.

*
* *

¿Era posible vivir en unas semanas, la tragedia de una existencia y sus angustias infinitas en la lobreguez de soledad?

—El deber es cruel, inhumano —ansiaba decir a gritos, —mas el orgullo de su sangre se sublevaba cual mar enfurecido y la enseñaba que la tristeza debe ser silenciosa.

La primavera llegó a su término y los primeros calores se dejaron sentir en París, con gran júbilo, después de un invierno de lluvias y tormentas inclementes.

Laura había encontrado una tarde en casa de una amiga, al doctor Barrios, compatriota suyo, el cual, si no gozaba de gran reputación como médico, en cambio la tenía, y grande, de ser buen amigo, francote, hombre de conciencia, escrupuloso en el cumplimiento de su profesión y enamorado para no desmentir a la raza.

Era un atardecer tan caluroso, que envidiaría el estío, con claridades de cristal y brisas de amor.

El último té de la estación se efectuaba en casa de la señora D... Todos estaban acordados en que ya había llegado la época de cerrar los salones e ir al Bosque para reunirse bajo la sombra de los castaños floridos, coloreados de verde y blanco y escuchar, a la intemperie, la lánguida música de los zíngaros⁸.

El doctor Barrios se aproximó a Laura, miró en torno, y después de persuadirse de que se encontraban entre personas que no comprendían el español, principió a soltar la lengua con labia exuberante, sin preocuparse de los que se encontraban a su lado.

7 El tema de la peregrinación era común en el siglo XIX hasta la época de Cáceres. La primera obra de esta índole escrita por una mujer en el Perú fue las *Peregrinaciones de una paria* de la renegada Flora Tristán, aunque se escribió en francés. Véase Flora Tristán, *Peregrinaciones de una paria*, trad. Emilia Romero, Lima: Ediciones Ercilla y Librería Studium, 1986. Quizás la novela más famosa y mejor lograda de este tipo fue la de Juana Manuela Gorriti, las *Peregrinaciones de una [sic] alma triste*, recopilada en *Panoramas de la vida*, 2 vols., Buenos Aires: Imprenta y Librerías de Mayo, 1876; v. II, págs. 17–238 y disponible en esta misma colección de Stockcero, ed. Mary G. Berg, 2006. Dos trabajos fundamentales para entender esta literatura de viajes son los de Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, London: Routledge, 1992; and Francisca Denegri, “Desde la ventana: Women ‘Pilgrims’ in Nineteenth-Century Latin American Travel Literature”, *Modern Language Review* 92.2 (1997), págs. 348–62.

8 *Zíngaro*: variante de cingaro, es decir, un gitano

Laura vestía aquel día un elegante traje de batista bordado a mano con incrustaciones de Venecia y rizadas valencianas, como de espuma, encima de un viso de raso tierno, color de rosas que se adhería a su cuerpo, dándole una atrevida y aparente desnudez. No ignoraba que tenía las formas intachables de una Venus, y aprovechaba la tolerancia de la moda para mostrar sus perfiles de levantina⁹ estatua.

—¡Que talle! —exclamó al verla el doctor Barrios, en el momento en que un rayo de sol iluminó el rincón donde se encontraban, bajo las ramas extendidas de una palmera desfalleciente. El doctor Barrios creía de buena educación dirigir un cumplido a Laura, después de haberla retenido un buen rato, contándole un percance de amor por el que había pasado en esos días.

Laura solía decir: puedo dividir a mis amigos en dos categorías, los que se enamoran de mí, y los que me cuentan sus amores. En esta ocasión no se equivocaba, el doctor Barrios era de los segundos, le hacía confidencias. Bastó para ello una frase de Laura: —Doctor, ¿qué tiene usted hoy? está usted más alegre que de costumbre.

—Ya lo creo que estoy alegre, buen motivo tengo para estarlo. Yo, que jamás he tenido aventuras con mis clientas, porque nunca he querido mezclar asuntos de amor con los profesionales, me ha sucedido que una amiguita mía se ha convertido en mi clienta. La conocí en un baile del Elíseo, yo no sabía quién era... Un día después de habernos dado algunas citas, no acudió a la hora convenida y me envió *un neumático*¹⁰.

—La pobrecita estaba enferma y me pedía que fuese a verla, en mi carácter de médico. Figúrese usted cuál no sería mi sorpresa; era casada con un respetable magistrado, el que me colmó de atenciones. Aquel día por primera vez supe su verdadero nombre. ¡Qué infortunio! ha estado gravísima, más no se puede estar; nada, que se moría y yo allí a su lado, pasando las noches enteras sin dormir, viendo que la perdía, sin que la ciencia sirviese para nada. No puede usted suponer, Laura, los momentos horribles que son para un médico aquellos en que se le va la vida a un ser amado. Por fortuna ahora no abrigo temor alguno, ya pasó todo el peligro. Me parece que con ella también yo hubiese

9 *Levantina*: de *levante*, el Este, o sea “oriental”, para los Europeos sinónimo de sensual.

10 Es decir, una forma de distribución de mensajes basada en el aire y los vacíos; se explica más cabalmente en nuestra introducción. *Pneumático*: el sistema de correos “neumático” de París fue abierto al público en 1879 y funcionó hasta la década del ‘80. Los tubos conectaban sucursales de “*Télégraphes*” en los diferentes barrios (*Arrondissements*) adonde el emisor llevaba su carta. El sistema trasladaba el objeto impulsándolo mediante aire comprimido a través de tubos hasta la sucursal más próxima al destino, y de allí era transportado por un mensajero hasta entregarla al destinatario.

vuelto a la vida, ya ve usted si tengo motivo para regocijarme, por esto me ve usted tan contento.

—¿Y el marido también? —dijo Laura, sonriente como una colegiala, inocentemente picaresca.

—¡Por supuesto! —respondió el doctor Barrios ingenuamente...

Después de haber dado rienda suelta a su espíritu de expansión, el doctor Barrios hizo una pausa y lanzó una mirada escudriñadora al cuerpo de Laura, sin duda por lo ajustado del corsé. La cintura, más que de mujer parecía tallo de flor.

Laura respondió a esta mirada diciendo: —No me siento bien doctor.

—¿Qué tiene usted? ¡cuidado!

—El vientre, doctor, me pesa y me duele de tal manera que cualquiera en mi lugar estaría en la cama. No es la primera vez que siento este dolor. En otras ocasiones he estado así, pero no he hecho caso, ni me he cuidado y el mal se ha ido solo, como ha venido; espero que esta vez ocurra lo mismo.

El doctor Barrios la miró con fijeza en los ojos, y repitió nuevamente con expresión adusta la palabra “¡cuidado!” agregando: —Sin pérdida de tiempo hágase usted examinar.

*
* *

Laura palideció un instante, y un frío como de muerte le heló la sangre; luego trató de serenarse y empeñose en alejar de su mente la idea de tener una enfermedad interna, como se rechaza lo que aterra.

Ella, que como un sol esplendoroso estaba orgullosa de la belleza de su cuerpo ¿llegaría a perderla? ¿perdería su finura, su esbeltez; dejaría de ponerse corsé y de usar los tacones Luis XVI¹¹, que le daban al andar un movimiento rítmico y ondulante? Si realmente estaba enferma de gravedad, con qué placer escucharían su desgracia las mujeres que la envidiaban sus éxitos, tan celebrados en sociedad, de mujer hermosa, elegante y distinguida.

Sus amigos, por su belleza, su gracia, y la costumbre que tenía en su casa de reclinarsse en un sofá, y también por su virtud, solían llamarla Madame de Récamier¹².

11 *Tacones Luis XVI*: tacones muy altos que realzan la forma de la pantorrilla femenina.

12 *Madame de Récamier* (1777–1849), dama famosa, bella, de mucho talento, quien reunía en sus tertulias lo más selecto de París. Durante su estadía en París, nuestra autora tuvo contacto constante con los autores y figuras más destacados de aquel momento, tanto los franceses como los españoles e hispanoamericanos.

*
* *

Frívola con arte y graciosa cual una muñeca, sin sensibilidad, su existencia entera la consagraba a mantener el prestigio de estar de moda, deslumbrando por el gusto artístico y exótico de sus vestidos. Si algunas veces despertaba pasiones, correspondía con sonrisas, con miradas, y desde el momento que un hombre principiaba a requiebrarla con tenacidad y que creía ver en él a un amoroso apasionado, se apoderaba de su espíritu tal disgusto, que cortaba con él toda amistad, y del importuno enamorado huía, evitando hasta el encontrarle.

Enviudó siendo muy joven. Su vida de matrimonio no fue feliz, amó a su esposo con la devoción sagrada del primer amor; mas la infidelidad de su marido, después de largas noches de insomnio, en las que el llanto apaciguaba arrebatos de ira delirante, sumergiola en una apatía sentimental de sueño letárgico.

Esta desilusión, sufrida en la edad temprana, produjo en su alma juvenil un choque tan violento, que el mundo parecíale despoblado e impotente para remover la sensibilidad afectiva de su corazón. Llevaba seis años de lucha tenaz, en la que su voluntad vencía por encima de todo instinto amoroso, logrando adormecer su espíritu. “Mi juventud ha muerto”, dijo un día, triunfadora, “así lo he querido y así será...” Y desde esa época su vida fue la de un torbellino transparente y sonoro; a veces el recuerdo de los pocos años de felicidad que se evaporó de su existencia con la rapidez de los celajes tempraneros, le arrancaba suspiros que ahogó, buscando el halago de las futilidades del flirteo y las emociones de arte que la conmovían profundamente.

De las artes, su predilecta era la pintura, porque no le permitía soñar ni forjarse ilusiones futuras, ni rememorar la monótona melancolía de antes. La visión objetiva la beatificaba por completo, sumergiéndola en un olvido como de ánima santa; en cambio huía de la música cual de un amante antiguo abandonado, que la provocaba a renovar un sentimentalismo ruinoso en el que, no obstante, palpataba aún la nostalgia de tristezas lejanas.

Los compromisos de fiestas e invitaciones embargaban su imaginación, de tal modo, que así, sin sentir el amor, transcurría su vida entre remembranzas instintivas y cándidas timideces. Sólo una pasión la do-

minaba hasta fascinarla maravillosamente. Amaba su cuerpo como se ama lo bello y cual una pagana le consagraba culto; con gran esmero estudió la estética del movimiento, de la flexibilidad de la línea, y los ejercicios corporales, que practicaba diariamente, bajo la dirección de un hábil gimnasta. No obstante, solía experimentar cuando se presentaba ante su vista una pareja de enamorados cierto recrudescimiento sentimental parecido a un despertar epiléptico; una sensación interna de escalofrío, como de invierno que paraliza la vida; una crispación epidérmica que se prolongaba mucho tiempo, hasta que, súbitamente, dominaba su emoción. La altivez de su carácter hablaba soberbio, y con la filosofía fácil de un buen humor poco común, se decía: —Tengo una salud incomparable, y este es el mejor el mejor amante, y el mejor compañero de la vida.